

ENTRE EL SUPERHOMBRE Y EL SILENCIO.  
LAS TESIS DE DOCTORADO (UBA) DE M. WEYLAND  
Y A. MURGUÍA SOBRE LA OBRA DE F. NIETZSCHE

*Gustavo A. Romero*

En la Universidad de Buenos Aires se encuentran registradas<sup>1</sup> dos tesis de Doctorado sobre la obra de Friedrich Nietzsche, realizadas en el período histórico comprendido por nuestra investigación. No sucede lo mismo con respecto a las de Licenciatura.

Luego de escudriñar con delicada minuciosidad las Actas de las tesis de Licenciatura pertenecientes a todas las carreras que se cursan en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA<sup>2</sup>, observamos con sorpresa (y con inevitable decepción) la ausencia absoluta de tesis fechadas antes del año 1983 sobre la obra de Nietzsche. El filósofo del martillo no aparece ni como tema central ni como figura secundaria de tesis alguna. Es recién en 1983 que encontramos registrada la primera: la autora es Mónica Beatriz Cragnolini, y la tesis –titulada “Dionysos en la filosofía de Nietzsche”– fue defendida en diciembre del mismo año.

En el presente artículo nos ocuparemos de las dos tesis de Doctorado arriba mencionadas. La primera de ellas tiene como autora a Miriam Weyland, y su título es “El nihilismo como posibilidad de una total transmutación de los valores según Nietzsche”. El año de la defensa, 1952. En 1953 se publica en formato libro<sup>3</sup>, con escasas

---

1. Las tesis pueden ser consultadas en la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Letras (F. F. y L., UBA) y en el Instituto de Filosofía Alejandro Korn. Por lo demás, puede consultarse el catálogo colectivo *on line* de las Bibliotecas de la Facultad de Filosofía y Letras: <http://opac.filo.uba.ar>

2. Se agradece el permiso otorgado por las autoridades correspondientes del Departamento de Alumnos de F. F. y L. para poder realizar esta tarea.

3. M. Weyland, *Una nueva imagen del hombre, a través de Nietzsche y Freud*, Buenos aires, Losada, 1953.

modificaciones. Es importante destacar que Weyland utiliza para la elaboración de su tesis la edición alemana de las Obras Completas de Nietzsche editadas por G. C. Naumann (Leipzig, 1909)<sup>4</sup>. Con respecto a las traducciones castellanas, Weyland cita, cuando cree conveniente, la edición de las *Obras Completas de Nietzsche* realizada por E. M. Aguilar (Madrid, 1932).

La segunda tesis de Doctorado de la que nos ocuparemos fue elaborada por Adolfo Murguía, y su título es: “Del saber esencial. La sabiduría y el conocimiento en la obra de Nietzsche”. Esta tesis fue defendida en 1974, y dirigida por Víctor Massuh. Se publica en formato libro en 1980<sup>5</sup>. Murguía señala que en el momento en que redacta su tesis la editorial W. de Gruyter de Berlín está preparando una nueva edición de las obras de Nietzsche, dirigida por G. Colli y M. Montinari; como dicha edición se hallaba en proceso de publicación, no pudo ser utilizada para la elaboración de la tesis en cuestión. Las citas que utiliza Murguía en su trabajo corresponden, entonces, a la edición de Kart Schlechta, *Werke* (Carl Hanser Verlag, München, 1954), en tres tomos<sup>6</sup>.

Veintidós años separan una tesis de la otra. Sin embargo, ambas conciben la figura de Nietzsche como la de un pensador radical, profundamente crítico de la cultura occidental y de los valores sobre los que se asienta. Ambos autores acuerdan en acentuar la radicalidad de la filosofía crítica de Nietzsche, en los problemas a los que se enfrenta y en el propósito demoleedor que caracteriza a su obra frente a los conceptos tradicionales de la metafísica y la moral occidentales. Pero se

---

4. Es de suma importancia recordar que Elizabeth Nietzsche, hermana del filósofo, preparó junto con sus colaboradores la publicación de las obras de Nietzsche en la editorial C. G. Naumann. Falsificó varios de los escritos de F. Nietzsche, y a ella se le debe en gran medida la vinculación que aconteció entre las ideas del filósofo y el nacionalsocialismo. Elizabeth, casada con el antisemita B. Förster, fue una admiradora de Hitler, quien visitó el Archivo Nietzsche en 1934. Por una cuestión histórica, M. Weyland tuvo que emplear la edición de Naumann. Hoy por hoy, gracias a numerosos investigadores y eruditos de la obra nietzscheana, se ha conseguido depurar de la interpretación de la filosofía nietzscheana los añadidos del fascismo y la falsificación delirante y material que su hermana hizo de sus textos.

5. A. Murguía, *Del saber esencial. La sabiduría y el conocimiento en la obra de Nietzsche*, Buenos Aires, Pleamar, 1980.

6. Señala Murguía que “La edición de Schlechta es filológicamente confiable (sus criterios filosóficos lo son menos) y sumamente manejable”. Cfr. *ibid.*, p. 73. Actualmente, la edición dirigida por Colli y Montinari (*Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bände*, Herausgegeben von G. Colli und M. Montinari, Berlin, Deutscher TaschenbuchVerlag-de Gruyter, 1980) es la edición crítica por excelencia, canónica y de mayor prestigio.

distancian al vislumbrar las posibles “propuestas” nietzscheanas. Una vez que la filosofía del martillo hace temblar y caer al cuerpo enfermo de Occidente, en el momento de la aurora y la “creación de nuevos sentidos”, Weyland y Murguía se separan.

Weyland encuentra en la figura del superhombre una nueva imagen del hombre que se presenta como figura de la creatividad y la salud, en contraposición al último hombre, quien padece la enfermedad contemporánea más terrible: el nihilismo. El nihilismo encierra en sí las posibilidades para ser abandonado. Es la condición de posibilidad para la gran salud: el superhombre. Sólo la enfermedad (el nihilismo) conduciría a la expresión más auténtica y vital de la subjetividad. De las ruinas de Dios y las catedrales metafísicas, emerge la flor humana del superhombre. Salud, risas, y nuevas voces.

Murguía no piensa del mismo modo. Él entiende que Nietzsche – tras su pretensión de situarse más allá del Bien y del Mal (más allá de la Verdad) y de demoler los fundamentos de los edificios del conocimiento, la moral y la religión– debió callar. En el lenguaje habita la Verdad, y sólo el silencio permite morar en la No-Verdad. La forma que eligió Nietzsche para callar fue la locura. *Ésta* es un manto de silencio. La radicalidad de Nietzsche le exigió callar, ya que toda otra figura afirmadora (incluida la del superhombre) supone lenguaje y verdad. Y, según Murguía, Nietzsche quería situarse más allá de toda verdad, poniendo en cuestión el valor de la verdad misma. En este sentido, la radical crítica al lenguaje es el silencio mismo.

Analizaremos las tesis mencionadas, ofreciendo un panorama de sus ideas principales. No es el propósito aquí emprender un análisis detallado y minucioso sobre las mismas; ni, mucho menos, someterlas a una crítica despiadada, en virtud de encontrarnos ayudados y fortalecidos por el paso del tiempo y los avances en las investigaciones eruditas sobre la obra de Nietzsche, material del que no disponían nuestros tesisas. Nos proponemos pensar el modo en que ambos autores señalan y caracterizan el lado más destructivo de la filosofía de Nietzsche, y el aspecto estrictamente “propositivo” de las ideas nietzscheanas, allí donde Weyland y Murguía toman caminos distintos en el mar nietzscheano.

## 1. Miriam Weyland: Una nueva imagen del hombre, a través de Nietzsche y Freud

### La enfermedad del hombre contemporáneo: el nihilismo

Weyland comienza su tesis preguntándose acerca de la naturaleza de la obra de Nietzsche, en términos generales, y de las posibilidades hermenéuticas para un abordaje sistemático: ¿Ha sido Nietzsche un espíritu exclusivamente contradictorio, de una riqueza tal de perspectivas que su obra sólo puede interpretarse parcialmente, siendo imposible captarlo en su integridad? O, ¿hay en realidad una problemática y su falta de ordenación sistemática representa sólo un obstáculo formal que se puede superar?<sup>7</sup>

Para Weyland es posible leer la obra de Nietzsche elucidando una clara línea en el pensamiento del filósofo<sup>8</sup>, que se puede resumir de la siguiente manera: Nietzsche emprende una crítica de la verdad desde el plano metafísico, lógico, gnoseológico y psicológico que apunta a la destrucción del idealismo ético y de la religión, aniquilando en este proceso todo cuanto los jóvenes hegelianos<sup>9</sup> habían dejado en pie: el “Espíritu” y sus posibilidades, es decir, “la ordenación que durante siglos había sido fundamento y sostén de la cultura europea”<sup>10</sup>.

Nietzsche se dirige, sobre todo, a las consecuencias de la cultura, cuya obra funesta ha sido debilitar las fuerzas vitales “instintivas”,

---

7. Cfr. M. Weyland, *op. cit.*, p. 16.

8. Sostiene Weyland que Nietzsche presenta un pensamiento uniforme, variando sólo la forma que encierra sus argumentaciones. Ponderado y clásico, se inicia con *Origen de la tragedia* y *Consideraciones Inactuales*; crece su empuje con la forma aforística de *Humano, demasiado humano*; se convierte en juego burlesco y alegre en *Aurora* y *La ciencia jovial*; se continúa en la canción lírica y dramática de *Así hablaba Zaratustra*; aumenta su poder hasta el más extremo dinamismo en *Voluntad de poder*, para terminar abruptamente en la desesperada confesión de *Ecce Homo*. Dado que Weyland utiliza como bibliografía la edición de Naumann (1909), *La voluntad de poder* es considerada una obra perteneciente en su totalidad a la escritura de Nietzsche, y jamás se pone en cuestión su calidad filológica ni su legitimidad dentro del corpus nietzscheano.

9. Dentro de estos “jóvenes hegelianos”, la figura de Karl Marx ocupa un lugar contradictorio en la exposición que Weyland realiza de sus ideas. En la página 9 se afirma que Marx inicia un proceso (junto con Feuerbach y Schopenhauer) de paulatina crítica y destrucción de la razón occidental; pero en la página 99 se sostiene, en clara oposición a lo dicho anteriormente, que Marx sigue la línea hegeliana de la afirmación de la razón y de una legalidad que se realiza en la historia.

10. M. Weyland, *op. cit.*, pp. 16-17.

que emanan del inconsciente, del “ello”<sup>11</sup>, del cual originariamente todo ha surgido.

El “espíritu”, que Nietzsche identifica con la razón, se dirige a la creación de bienes culturales y obedece a las normas que rigen el mundo de los valores. El hombre ha creado el mundo de la cultura, pero también es transformado, plasmado y absorbido por éste, ya que, dotado de una voluntad de poder, elimina todo aquello que lo amenaza en su integridad: lo caótico e irracional. Pero fue precisamente de la riqueza del caos de donde surgieron las más altas creaciones culturales. “Lo más alto proviene de lo más profundo”, y el espíritu, en su pretensión de eliminar a los instintos, última raíz de todo, se destruye también a sí mismo. Los valores más elevados, reconoce Nietzsche, son en este sentido también los más peligrosos; los valores morales y religiosos se dirigen con tanta más violencia contra las fuerzas irracionales por cuanto, dotadas también de voluntad de poder, luchan para no sucumbir. “Este conflicto provoca en el hombre un estado de debilidad, de incertidumbre, de culpabilidad y angustia que lo transforman en enfermo”<sup>12</sup>.

Según la línea interpretativa seguida por Weyland, Nietzsche hace de la crítica de la religión y de la moral el centro mismo de la filosofía. Por eso, recién puede surgir una nueva imagen del hombre cuando estos valores de la decadencia hayan sido superados. El proceso debe cumplirse fatalmente, aunque el hombre, por inercia, por hábito o debilidad, se resista a aniquilar los valores milenarios.

La enfermedad del hombre actual presenta tres aspectos en su modo de ser, ya que es: i) escéptico (duda de los valores), ii) hipócrita (afirma creer en lo que duda) y iii) agotado (sufre la voluntad de poder de las fuerzas antagónicas que luchan por su supremacía). Así se presenta el cuadro del hombre moderno: el nihilista.

Nietzsche, que considera ser todo lo contrario de un espíritu negativo, ve en el estado nihilista contemporáneo la enfermedad que encierra en sí todas las posibilidades de una superación. El hombre se desprende del nihilismo al negar los valores objetivos, absolutos y suprapersonales, y afirmando sus instintos sanos, crea sus propias leyes desde una perspectiva propia y auténtica. El superhombre será, para Weyland, la esperanza de esta nueva imagen del hombre<sup>13</sup>.

---

11. Es permanente el intento de Weyland de establecer lazos entre las concepciones filosóficas de Nietzsche y de Freud, ya que éste es el propósito del libro.

12. M. Weyland, *op. cit.*, p. 17.

13. *Ibid.*, pp. 112-141.

## Genealogía de la conciencia (razón): el acercamiento a Freud

Aristóteles, el primer gran sistematizador de la filosofía, sostuvo que definir era presentar el género propio y la diferencia específica. Los seres humanos, siguiendo este criterio, serían animales (su género propio) y racionales (la diferencia específica con otros animales). La racionalidad, entonces, constituía la mismidad humana: ser hombre y ser racional quedaban homologados en las entrañas de la “esencia”. Más allá de las controversias entre racionalistas y empiristas, realistas e idealistas, y otras formas de demarcación, se estableció como un lugar común en la historia de la filosofía la noción de racionalidad. El cuño distintivo de lo antropológico era la Razón. Dignidad ésta que merecía la mayúscula, toda vez que su posesión daba a los hombres su nobleza y era la huella que, para diferenciarnos –concibió el cristianismo después– Dios había puesto en nosotros.

Weyland sostiene que Nietzsche arrasó con esta tesis. Como notable psicólogo *avant la lettre*, Nietzsche intuye que los hombres en la prehistoria (el período más amplio de su evolución) fueron, y todavía son, animales olvidadizos. El olvido, aclara, no era una mera fuerza inercial sino una fuerza activa, una auténtica facultad de inhibición. Así como el cuerpo asimila y descarta en el proceso de nutrición, así la mente humana –todavía obtusa y aturdida– se deshace de lo vivido (olvida) para “hacer lugar” a lo que se está viviendo, a nuevas experiencias. Un vivir el instante, estar instalado en un presente puntual sin las presiones de lo porvenir ni el acoso de lo transcurrido. Este estado prolongado en la historia de la especie, feliz y saludable, habría concluido abruptamente. Cuando por necesidades de las primitivas formas de organización social, fue indispensable que ciertos hombres que habían hecho promesas cumplieren con lo prometido (por ejemplo en las primigenias transacciones comerciales) se hizo patente la forzosidad de dejar en suspenso su capacidad de olvido. Es decir, generar una fuerza contraria: la memoria. De lo postulado se deduce que la memoria no es natural en los hombres, es un producto cultural, el resultado de la vida en sociedad (aún en la horda primitiva). ¿Cómo se logró imprimir esto?

¿Cómo hacerle una memoria al animal-hombre? (...) Puede imaginarse que este antiquísimo problema no fue resuelto precisamente con respuestas y medios delicados; tal vez no haya, en la entera prehistoria del hombre, nada más terrible y siniestro que su *mnemotécnica*. “Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de doler permanece en la

memoria” —éste es un axioma de la psicología más antigua (por desgracia, también la más prolongada) que ha existido sobre la tierra.<sup>14</sup>

La memoria, por lo tanto, es hija de la violencia, una derivación de la crueldad. Poseer esta nueva facultad, la memoria, permite el enlace entre lo que se vive con lo ya vivido, pero también abre la posibilidad de imaginar lo que se vivirá. Lo que se ha repetido puede, entonces, volver a repetirse. La memoria resulta, luego, condición de posibilidad de la aprehensión de las dimensiones del tiempo: antes, ahora y después adquieren sentido.

Mas ¡cuántas cosas presupone todo esto! Para disponer así anticipadamente del futuro, ¡cuánto debe haber aprendido antes el hombre a separar el acontecimiento necesario del casual, a pensar causalmente, a ver y a anticipar lo lejano como presente, a saber establecer con seguridad lo que es fin y lo que es medio para el fin, a saber en general contar, calcular, — cuánto debe el hombre, para lograr esto, haberse vuelto antes *calculable, regular, necesario*, para poder responderse a sí mismo de su propia representación, para finalmente poder responder de sí *como futuro* a la manera como lo hace quien promete!<sup>15</sup>

Pero ¿quiénes ejercieron la violencia descrita? Hombres, una minoría de hombres fuertes y dominantes sobre los más débiles y numerosos; fue el precio para poder vivir en sociedades que otorgaban ciertas ventajas: básicamente la seguridad del grupo y los logros del trabajo en común. De esto, deduce Nietzsche, las primeras modalidades de gobierno fueron tiranías despiadadas, atroces demandas de obediencia. Las “aristocracias guerreras” dominaron sobre los grupos más numerosos e informes de “pueblo”.

Al hombre, a los hombres les hicieron una memoria, los violentaron utilizando la camisa de fuerza social hasta hacerlos predecibles, calculables, prometedores y, finalmente, racionales. La conciencia, este vocablo prestigioso que entroniza la racionalidad, fue, según Nietzsche, un fruto agrio y amargo que pendió mucho tiempo en el árbol humano

---

14. F. Nietzsche, “§3, Tratado Segundo”, *Genealogía de la moral*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 2003, p. 79. Nota del Autor: cabe considerar que M. Weyland utiliza en su tesis, y a diferencia de nosotros, la traducción que ofrece Editorial Aguilar.

15. *Ibid.*, p. 77.

y tras una prolongada metamorfosis devino en un fruto maduro pero también tardío.

La racionalidad es, por ende, un efecto tardío de las primeras y precarias organizaciones políticas, un producto de la cultura y la represión, una herramienta adquirida y torpe de adaptación y conocimiento<sup>16</sup>. De todo esto tomará buena nota Sigmund Freud, señala M. Weyland<sup>17</sup>.

### **El superhombre como nueva imagen del hombre**

Para Weyland, el superhombre es la figura de la salud, que se desprende y “cura” del nihilismo —la enfermedad del hombre contemporáneo—. El superhombre, al negar los valores objetivos, absolutos y suprapersonales, y afirmando sus instintos sanos, crea sus propias leyes desde una perspectiva propia y auténtica. Salud y creatividad constituyen dos características de este nuevo modo de ser del existente humano, oponiéndose a la enfermedad nihilista y a la obediencia heterónoma.

El superhombre de Nietzsche, aduce Weyland, ha vivido el nihilismo en todas sus formas; no solamente como “nada”, sino como “la esfinge de mil ojos”, él ha sido la única posibilidad de una revisión completa de los valores, que acepta por el triunfo de la fuerza y de la salud en una afirmación dionisiaca de la vida. El nihilismo se presenta como condición de posibilidad de una auténtica transvaloración de los valores y, aún más, de toda la cultura en general.

El superhombre no es un símbolo, no una utopía, sino algo concretamente anhelado: una nueva imagen del hombre que, sin embargo, no es un “ideal”, porque necesita el esfuerzo constante, la lucha heroica que mantiene despiertas todas las fuerzas; requiere el movimiento continuo y la plenitud de todas las potencias, para no recaer y ser otra vez sólo hombre, piensa Weyland.

---

16. Es muy fácil impugnar este ángulo de Nietzsche si le pidiéramos pruebas de los acontecimientos prehistóricos. Sin embargo, de manera indirecta, encontramos marcas que afianzan su tesis. Hoy existe casi unanimidad en aceptar que la ontogénesis reproduce la filogénesis. Es decir, la ontogénesis (evolución de un individuo de una especie) en su despliegue vuelve a mostrar la filogénesis (la evolución de esa especie). Un niño, en sus fases evolutivas, transita los pasos que atravesó la humanidad e incluso, intuyó en algún caso Nietzsche, de las especies que nos anteceden y de las cuales derivamos.

17. Cfr. M. Weyland, “Cap. IV: “La destrucción del ser en la moral”, *op. cit.*, pp. 73-90.



## Nietzsche y Freud

M. Weyland sostiene que los hallazgos de Nietzsche en el campo metafísico (“histórico-especulativo”) han sido confirmados en el terreno de la experimentación por Freud, quien en sus investigaciones descubre cómo el hombre moderno es enfermo, enajenado y fragmentado por conflictos cuya causa última es la oposición que existe entre lo suprapersonal y lo “instintivo” (el ámbito de las pulsiones)<sup>18</sup>. Factores instintivos que buscan su satisfacción pero que son reprimidos por el “yo”, coaccionado por una instancia que representa la educación moral del individuo y que Freud llamó “superyó”<sup>19</sup>.

“Todo culpable es un enfermo” afirma Nietzsche, y Freud, en el terreno de la experiencia, halló que los hombres se dirigen frecuentemente al fracaso, porque son llevados por un secreto sentimiento de culpabilidad que surge de la situación conflictual entre el principio ideal y la vida instintiva<sup>20</sup>.

Los mandamientos religiosos o morales se han interiorizado formando el “yo ideal”, que ejerce una coacción sobre el “yo”, y que responde reprimiendo las tendencias del “ello”. Esta escisión de la vida psíquica es causa de la enfermedad, en el sentido en que Freud ha ampliado el concepto de la misma.

En efecto, aduce Weyland, Freud también analiza los valores desde la perspectiva de lo que conviene al hombre para ser sano, y la terapia analítica apuntaría a la transformación del mismo en un sentido similar al señalado por Nietzsche (“superhombre”, según la interpretación que realiza Weyland de tal concepto –“modo de ser”– nietzscheano). Señala Weyland:

¡Extraño cuadro el de nuestra cultura, que honra altamente a los que duramente se han adaptado a ella y quebrantaron las disposiciones congénitas hasta convertirse en individuos paranoides, histéricos, esquizoides o maníacos, y condena acerbamente a los que no han logrado adaptarse y por su derrota presentan las mismas perturbaciones psicopáticas! Como observa al respecto

---

18. Cfr. *ibid.*, p. 18.

19. Cfr. *ibid.*, p. 82.

20. Nietzsche analiza los conceptos de “culpa” y de “mala conciencia” en el Segundo Tratado de *La genealogía de la moral*. Precisamente, el concepto de “culpa” (*Schuld*) deriva del muy material concepto “tener deudas” (*Schulden*), y presenta, asimismo, una situación conflictiva en el hombre entre sus instintos y los mandatos sociales (la camisa de fuerza social, la eticidad de las costumbres) a partir de la necesidad de realizar promesas en las primeras transacciones comerciales.

Ruth Benedict, son precisamente los individuos que llevan al mayor extremo la doctrina cultural del momento, aquellos psicópatas que no están descriptos en los manuales de psiquiatría.<sup>21</sup>

Fueron Schopenhauer y Nietzsche en el campo especulativo, y Freud en el campo experimental, aduce Weyland, los primeros en encontrar que el hombre obra más allá del principio del placer, ya sea por la voluntad –según Schopenhauer–, la voluntad de poder –según Nietzsche– o el inconsciente, según Freud; en todos los casos el hombre es insensible al llamado de la razón. No son solamente los problemas económicos, los prejuicios sociales, las diferencias de razas o nacionalidades, los que conducen a los grandes vuelcos políticos y sociales, a las crisis y a las guerras; sino motivos profundos, deseos continuamente frustrados, instintos de muerte: perspectivas insospechadas ante las cuales enmudecen los intereses superficiales y conscientes que según el intelectualismo tienden a la felicidad.

Nietzsche afirma que la crítica de la moral y de la religión se debe emprender desde un punto de vista psicológico –“la psicología se ha convertido en la senda que conduce a los problemas fundamentales”–, y proféticamente anuncia que llegará la hora en que los médicos transformarán la moral en parte de su arte y ciencia terapéutica.

Freud se dirige al hombre plasmado por nuestra cultura occidental, y son precisamente las resonancias de esta cultura las que han formado el hombre de ciertas características neuróticas. Como dice Nietzsche, mientras el hombre griego tenía un exceso de salud, el hombre moderno necesita la enfermedad. “Nietzsche y Freud fueron psicólogos, filósofos, educadores y profetas, en el sentido de abrir amplias vías por las cuales han de transitar los conocimientos nuevos que encaran una total revisión [sic] de los valores”<sup>22</sup>.

Al descubrir, tras la aparente claridad con que obra la razón, la existencia de fuerzas irracionales, Freud transforma –como Nietzsche–, el concepto de verdad, que no es única, objetiva y eternamente válida, sino que se reduce a una interpretación o a la interpretación de una interpretación: “Los dos son experimentadores en gran escala; pero si Nietzsche confunde con su forma vehemente, lírica, apasionada o dramática, Freud no abandona nunca la mesura y el equilibrio”<sup>23</sup>. Quizás en la historia del pensamiento no hayan existido figuras más

---

21. Cfr. M. Weyland, *op. cit.*, p. 28.

22. *Ibid.*, p. 30.

23. *Idem.*

combatidas, y ello se explica porque “ambos señalaron las vicisitudes de la ciencia racional, las deficiencias de la ética y de la religión, la debilidad del hombre civilizado, y esbozaron la creación de una nueva ciencia, de una nueva ética y en suma de un nuevo hombre”<sup>24</sup>.

## **2. Adolfo Murguía: Del saber esencial. Sabiduría y conocimiento en la obra de F. Nietzsche**

### **Nietzsche, la paradoja**

A. Murguía sostiene que Nietzsche altera una situación nodal en la historia de la Filosofía. Se considera tradicionalmente a la Filosofía como la búsqueda de la verdad; este rasgo estructural, esencial, se mantiene inalterable a lo largo de su historia. Lo que se discute son cuestiones subordinadas a esa búsqueda universal, por ejemplo, si la verdad es alcanzable o no; se debate acerca de cómo debe ser su naturaleza, si la verdad se encuentra en tal o cual doctrina o sistema, etc. Ahora bien, según Murguía, el propósito, la vocación filosófica de Nietzsche quiebra esta tradición. El filósofo alemán no sólo transforma la idea de la verdad, como lo ha analizado J. Granier<sup>25</sup>, sino que, a juicio de Murguía, Nietzsche da un paso más arriesgado al poner en cuestión su búsqueda misma. La búsqueda que comienza en Sócrates significa para Nietzsche una enfermedad del espíritu: la decadencia.

Si la Filosofía ha engendrado (y pretendido “justificar”, “fundamentar”) a las ciencias y a la cultura; si la Filosofía tiene como finalidad la búsqueda de la realidad objetiva más allá de la subjetividad y de la unilateralidad de las perspectivas; entonces, “¿qué puede significar abandonar la búsqueda de la verdad, como parece pretender Nietzsche? ¿En qué se convierte la Filosofía si deja de ser una incesante lucha por la verdad?”<sup>26</sup>. Estas preguntas atraviesan todo el trabajo teórico de la tesis de Murguía.

El escrito de Murguía desbroza un manojo de conceptos nietzscheanos. Dichos conceptos se articulan en torno a los de conocimiento y vida teórica y su resultado: la sabiduría, o vida en la realidad.

Para Murguía, la obra nietzscheana abunda en paradojas. La paradoja no tiene el mismo significado que la contradicción. Señalar

---

24. *Idem.*

25. Murguía toma como objeto de análisis el libro de Jean Granier, *Le problème de la Vérité dans la philosophie de Nietzsche*, París, Du Seuil, 1966.

26. A. Murguía, *op. cit.*, p. 9.

contradicciones en los textos de un filósofo puede ser una tarea interesante para las tardes de té, pero es algo de alcance muy limitado. En cambio, la paradoja nos propone enigmas, cuya resolución no gira en torno de una aporía, sino de algo de trama más fina. Señalar contradicciones tiene como finalidad disolver problemas; las paradojas, por el contrario, plantean posibilidades y abren perspectivas, nuevas interpretaciones, problematizan.

Una de tales paradojas aparece en la relación de Nietzsche con la Filosofía. Nietzsche figura en su historia, pero pocos filósofos han arrojado tantas invectivas contra ella como él. Murguía se pregunta: “¿Quién es Nietzsche? ¿Qué es lo que ese hombre busca? ¿Desde dónde habla? ¿Qué es lo que ha encontrado? ¿Qué o quién puede juzgarlo?”<sup>27</sup>.

Señala Murguía que las páginas de su tesis tienen a Nietzsche ante la vista, pero mirando por encima de su hombro. La mira está puesta en la crítica del saber, el lenguaje y la verdad<sup>28</sup>. Por ello este libro se pretende una aportación no sólo a la investigación nietzscheana, sino ante todo, una contribución pensante al pensamiento. Señala Murguía: “Intento hacer con Nietzsche algo que a él no le agradaba mucho, y que, en nuestros días, ya casi se ha olvidado: argumentar”<sup>29</sup>.

### **Nietzsche, la locura, el silencio.**

Murguía aduce que la Filosofía es, antes que nada, un acto veritativo. La verdad habita en el lenguaje. Entiéndase como se la comprenda, la Filosofía no puede prescindir de la verdad, porque necesita del lenguaje. Ahora bien, ¿qué punto deja fundamentalmente Nietzsche en la oscuridad, al criticar los fundamentos del saber y la verdad sobre los que se apoya todo conocimiento, al poner en cuestión la búsqueda misma de todo saber y verdad? La respuesta es de orden epistemológico-

---

27. *Ibid.*, p. 10.

28. Dice Murguía: “La negación nietzscheana del conocimiento tiene las siguientes vertientes: un aspecto de crítica lingüística, según ésta la función del lenguaje es metaforizar, sin llegar nunca a la esencia de las cosas. Otra vertiente es la de la crítica a la figura del sabio: éste es para Nietzsche una figura decadente y vacía (venerador de conceptos inmutables, y negador del devenir –de la vida misma). Otra es la crítica de la ciencia que reposa sobre la crítica gnoseológica: el saber humano está referido sólo a la vida humana, y, como tal, antropomorfiza. Sin embargo, la crítica nietzscheana requería indudablemente una fundamentación de la relación entre mundo y lenguaje, tarea que Nietzsche deja sin elaborar”. Cfr. *ibid.*, p. 70.

29. *Ibid.*, p. 16.

co: Nietzsche no ha indicado el modo de verificación, no ha seguido el orden de la prueba. Su doctrina es testimonial, no discursiva, concluye Murguía<sup>30</sup>.

El itinerario nietzscheano pretende ir más allá de la verdad y el error, más allá del bien y del mal. Pero, ¿a dónde se llega por ese camino? ¿Es dable en él arribar a un punto de afirmación o de respuesta?

Aparentemente no, afirma Murguía. Siguiendo ese camino hasta el fin no se puede ya negar ni afirmar, y eso equivale al término de toda actividad pensante, y más aún, filosófica<sup>31</sup>. No hay afirmación o negación, síntesis o discriminación. Suspender el juicio puede ser un momento de la reflexión filosófica, pero no su finalidad, sostiene Murguía. La palabra es imposible, y sin lenguaje no hay filosofía.

Nietzsche pretende ir más allá de la verdad, más allá del bien y del mal, y lo que logra es otra verdad, un “coqueteo” con el error y el mal. Desde que comienza a hablar, la verdad está presente, aunque sólo fuere bajo el velo de la ausencia o del disimulo. Nietzsche lo ve, y solamente le queda como posibilidad: el silencio<sup>32</sup>. La locura.

En Nietzsche, Murguía tiende a ver la clausura, la culminación de la filosofía occidental, clausura que arrastra consigo al filósofo, y lo protege piadosamente con el manto de la locura. Dice Murguía:

Largo tiempo, estudiando diversos retratos de Nietzsche, me he preguntado por qué calló, por qué ese silencio a partir del momento en que creía haber llegado a algo definitivo. Los médicos hablarán de parálisis, y eso constituirá para ellos, sin duda, una respuesta satisfactoria, suficiente, que anula el pro-

---

30. Sostiene Murguía: “La teoría nietzscheana opera por homologación, englobando distintos aspectos en uno solo, sin lograr validación de sí propio. Va abarcando diversos aspectos, el arte, la religión, la ciencia, reduciéndolos o juzgándolos a la luz de un criterio: la voluntad de poder. Éste opera como un principio simple, capaz de entender y abarcar el mundo complejo (...). La vida como herramienta conceptual es indeterminada. Necesita ser comprendida como un símbolo que alude y señala hacia lo esencial. Considerar a la vida como sinónimo de la voluntad de poder es efectuar la suplantación de un problema por otro”. A. Murguía, *op. cit.*, p. 71.

31. Dice Murguía: “La trayectoria nietzscheana entera es una confirmación del antiguo adagio aristotélico acerca de la inevitabilidad de la Filosofía. Ésta se halla esencialmente ligada al ser humano; éste no lo es porque trabaje la tierra con herramientas de su invención, adore al dios o entierre los muertos. Es hombre porque habla y significa, más aún, porque lo sabe. En definitiva, porque piensa”. Cfr. *ibid.*, p. 72.

32. Existe la figura nietzscheana del “eremita” (véase, por ejemplo, *Más allá del bien y del mal*, § 289) que reconoce que toda filosofía es una “falsificación” y elige el camino del silencio. Sin embargo, Murguía no hace referencia a la misma en ninguna oportunidad.

blema y da por terminado el caso. Sin embargo, para una mirada filosófica eso no es bastante.<sup>33</sup>

A lo largo de la obra nietzscheana hay frecuentes alusiones al disfraz o a la locura que permiten arriesgar otra posibilidad, sostiene Murguía, aunque sólo sea hipotética. Nietzsche calló para ponernos a prueba a los posteriores. En efecto, su prueba es la del ridículo: ¿quién va a tomar en serio a un loco? Hay quizá también una segunda posibilidad: Nietzsche calló porque había llegado a un punto de reflexión que le vedó la palabra. Y esta segunda posibilidad es abrazada por Murguía como la respuesta más acertada al problema del silencio (“locura”) en la obra de Nietzsche, problema que se presenta en el momento de realizar plenamente sus críticas a los fundamentos metafísicos, epistemológicos y morales que sostienen a Occidente.

Si la filosofía es un acto veritativo, y la verdad reside en el lenguaje; no hay filosofía sin lenguaje. Ir más allá del bien y del mal (de la Verdad) es ir más allá del lenguaje. Callar.

Murguía defiende la idea de que Nietzsche debió callar, no porque los problemas que él plantea sean “irresolubles” o porque los problemas del hombre encuentren su solución en la historia, debiendo entonces poner en acción un programa preconcebido. “Nietzsche calló como consecuencia de sus propias premisas”<sup>34</sup>.

### **3. Algunas palabras finales: el silencio y el superhombre**

Weyland y Murguía coinciden en la radicalidad de la crítica nietzscheana y la vocación de derribar ídolos pertenecientes a la metafísica y la moral occidentales. Pero ambos “discuten” sobre aquello que seguiría a este acto de fuerza y destrucción. Allí se distancian.

Coinciden al sostener que Nietzsche fue el mejor médico de Occidente, nadie lo superó en su diagnóstico. Pero se separan en el momento en que el médico toma la decisión ante el cuerpo del enfermo.

Para Murguía, Nietzsche es el mejor médico a la hora de realizar el diagnóstico, pero nos deja en una encrucijada sin curación del enfermo. El médico no cura, se calla ante el paciente. La propuesta nietzscheana no es discursiva, sino testimonial.

La radicalidad de Nietzsche le exigió callar, ya que toda otra figura de afirmación, de “propuesta” (como la del superhombre) supone

---

33. A. Murguía, *op. cit.*, p. 69.

34. *Idem.*

lenguaje y verdad. Y, según Murguía, el propósito de Nietzsche era situarse más allá de toda verdad, poniendo en cuestión el valor de la verdad misma. La radical crítica al lenguaje es el silencio mismo.

La forma que eligió Nietzsche para callar fue la locura, un manto de silencio.

No sucede lo mismo con la interpretación que realiza Weyland, ya que esta autora sostiene que la propuesta de Nietzsche no es sólo testimonial, existencial, sino discursiva. El superhombre es un concepto que plantea un nuevo modo de ser de lo humano, que se opone al hombre nihilista, al último hombre. De la enfermedad nihilista (producto del “malestar en la cultura”, del conflicto entre las pulsiones instintivas y la camisa de fuerza social), puede nacer la salud que caracteriza al superhombre. “La *enfermedad* fue lo que me condujo a la razón”<sup>35</sup>, dijo Nietzsche, y en este sentido, esta “nueva razón” recobrada con la salud, sostiene Weyland, es propia de aquel que ha salido del nihilismo decadente, y que ahora sí puede experimentar una existencia autónoma, auténtica y de plena afirmación vital.

Solamente se puede estar sano si se atravesó la enfermedad del nihilismo, ya que esta última es la condición de posibilidad de una total transformación de los valores de la cultura occidental. El superhombre sería la promesa engendrada por la misma enfermedad del nihilismo. El superhombre es un estallido de salud. Una multiplicidad inabarcable de risas. Y de nuevas voces.

---

35. F. Nietzsche, “Por qué soy tan inteligente”, *El anticristo*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 2003, p. 47.